

que sea próspero, y que se llegue al puerto deseado. Dice san Agustín (1) que el morir es dejar una carga muy pesada que llevamos en la vida; mas no es la dicha que se deje á la tarde de la vejez, sino que al tiempo de dejarla no nos carguen otra mayor. Viva un hombre diez años ó viva mil, la muerte le ha de dar (como dice san Jerónimo) nombre de dichoso ó desdichado. Si vives mil años de vida triste, gran desventura será; pero mayor lo será si los vives de vida mala, aunque sea muy alegre: y así, supuestas tantas miserias, no nos podemos quejar de Dios que nos haya dado vida breve, sino de nosotros que la hemos hecho mala. Finalmente porque, como dice san Ambrosio (2), está tan rodeada de miserias nuestra vida, que en su comparacion la muerte no parece pena, sino reparo de males; por eso trazó Dios fuese tan breve, para que sus molestias y desventuras, á las cuales no puede hacer contrapeso ningun linaje de bien que se goza en esta vida, con la brevedad del tiempo quedasen menos pesadas. Por lo menos si con tantas miserias no nos descontenta esta vida, conténtenos mas la eterna con mayores felicidades, y no hagamos menos por la vida inmortal del cielo que hacemos por la mortal de la tierra, y así como dice san Agustín (3): *Si corres por esta vida cien mil, ¿cuántos mil debes correr por la vida eterna? Si te das prisa para lograr unos pocos de días inciertos, ¿cómo se ha de correr por la vida eterna?*

### CAPÍTULO VIII.

*Lo poco que es el hombre mientras es temporal.*

No nos falte de considerar lo que es mas en la naturaleza, que es el hombre; y verémos cuán poco es mientras es temporal. *¿Qué es el hombre?* dice Séneca: *Un vaso cascado, y quebradizo con cualquier movimiento. ¿Que es el hombre? Un cuerpo debilísimo y frágil, desnudo por su naturaleza y sin armas, necesitadísimo de ayuda, arrojado á toda injuria de la fortuna, impaciente del frio y del trabajo, y fabricado de cosas flacas y flúidas: aquellas mismas cosas, sin las cuales no puede vivir, le son mortales, el olor, el sabor, el cansancio, la vigilia, la bebida y la comida.* No respondió mas favorablemente el sábio Solon cuando le preguntaron qué era un hombre. *Es (dice) una podredumbre en el nacimiento, una bestia en la vida, una vianda de gusanos en la muerte.* Lo mismo preguntaron á Aristóteles, y respondió (4): *Es el hombre una idea de flaqueza, un despojo del tiempo, un juguete de la fortuna, una imágen de inconstancia, un peso ó balanza de envidia y calamidad, y lo demás flema y cólera.* Oigamos tambien á Secundo filósofo, que respondió al em-

(1) August. sup. Joan. — (2) S. Ambrosius, serm. Quadrag. — (3) August. tract. 5 in Joan. homil. 37. — (4) Ant. in Mil. flo. serm. 95.

perador Adriano, cuando le preguntó lo mismo, qué era el hombre (1). *Es (dice) un entendimiento incorporado (mas lo significara si dijera enlodado), una fantasma del tiempo, uno que entra á la vida, un esclavo de la muerte, un caminante pasajero, un huésped del lugar, una alma trabajosa, una habitacion de poco tiempo.* Pero en este tiempo de su mortalidad, dice san Bernardo (2): *Es el hombre un animal de carga.* El mismo Santo dice en otra parte: *¿Qué es el hombre? Un vaso de estiércol; y en sus Meditaciones añade: Si miras lo que echas por la boca y narices, y los demás albañales del cuerpo, no viste en toda tu vida muladar mas hediondo.* En la misma parte dice: *No es otra cosa el hombre sino una semilla hedionda, un saco de estiércol, un cebo de gusanos.*

Mas cumplidamente Inocencio papa, dijo: *Consideré con lágrimas de qué fue hecho el hombre, qué hace el hombre, y qué se ha de hacer del hombre. Fue formado de tierra, concebido en culpa, nacido para la pena. Hace cosas malas y tórpes, que no le son licitas, y vanas, que no le convienen. Será alimento del fuego, manjar de gusanos, y masa de podredumbre. ¡Oh vil indignidad de la condicion humana! ¡Oh indigna condicion de la vileza humana! Mira como las flores y los árboles producen flores, hojas y frutos; y tú produces liendres, piojos y lombrices. Aquellas dan aceite, vino y bálamo; y tú flemones, orines y estiércol. Aquellas echan de sí buen olor; y tú eres de un hedor abominable: como es el árbol, así es el fruto; porque no puede el árbol malo hacer buenos frutos. ¿Qué es el hombre sino un árbol al revés, cuyas raices son los cabellos? Esta es la hojarasca que se la lleva el viento, y la pajueta secada del sol.* Lo dicho es de este Papa desengañado. Este es el hombre, aun en la mocedad; pero si llega á la vejez, que se tiene por felicidad, añade el mismo Inocencio (3): *Luego se le aflige el corazon, la cabeza se le anda, el espíritu le falta, le huele mal el aliento, arrúgasele el rostro, encórvasele su estatura, amúblansele los ojos, titubéanle los miembros; de las narices le corre mal humor, cáesele el cabello, el tacto le tiembla, los dientes se le pudren, los oidos se ensordecen. Pues no menos se muda en la condicion del ánimo que en la del cuerpo. Enójase fácilmente un viejo, sosiégase dificultosamente, cree de presto, desengañase tarde, es tenaz, codicioso, tétrico, cojijoso, hablador; alaba á los antiguos, desprecia y vitupera á los presentes: suspira, congójase, entorpécese y enferma.*

Puedes tambien echar de ver qué es el hombre por la materia de que se hizo, y en lo que se ha de resolver. Al primer hombre hizo Dios de lodo, mezclando los elementos mas viles y groseros de todos. Oigamos á un gentil hablar de las miserias del hombre: *Es compasion y aun vergüenza el pensar cuán frívolo es el origen del animal soberbisimo sobre to-*

(1) Ant. et Dionys. Rikel. de novis. art. 13, fol. 38. — (2) Bernard. serm. 5 in Psalm. Qui habitat. Onerum animal homo tempore suæ mortalitatis. In formula honor. vit. In Med. cap. 3. — (3) Innocent. lib. cap. 4.



dos, esto es, el hombre; pues muchas veces es causa de aborto el olor de un candil recién muerto. De estos principios nacen los tiranos: de estos un ánimo carnívoro y cruel verdugo. Tú, que confías en las fuerzas del cuerpo; tú, que tomas con dos manos los dones de la fortuna, y no solo te tienes por su alumno sino por su hijo, cuyo pensamiento tienes puesto en grandes victorias; tú, que te tienes por dios, hinchándote con cualquier suceso, mira que pudieras haber perecido con otro tanto, y ahora puedes aun menos herido con un diente de una culebra, ó como Anacreón poeta con un granito de una pasa, ó como Fábio senador con un pelo ahogado, que se le entró con un trago de leche. Esto es de Plinio, que no solo se maravilla de la bajeza de la naturaleza humana, sino de la facilidad de su fin.

Considera tambien en lo que para el hombre, en ser su cuerpo manjar de gusanos, echando de sí un pestilencial olor. Vivo el hombre (dice Inocencio papa) (1) engendra piojos y lombrices; pero muerto engendrará gusanos y moscardones. Vivo produce estiércol y vómitos; muerto producirá podredumbre y hedor. Vivo solo puede engordar á un hombre, que es á sí mismo; pero muerto á muchísimos gusanos. ¿Qué cosa hay mas asquerosa que un cadáver humano? ¿Qué cosa mas horrible que un hombre muerto, cuyos abrazos eran en vida agradables, y será en muerte molesta solo su vista? ¿Qué aprovecharán las riquezas? ¿qué los convites? ¿qué los deleites? No librarán de la muerte, no defenderán de los gusanos, no quitarán el hedor. El que poco há se sentaba muy glorioso en un trono, ahora está arrojado en una tumba; el que poco há comía grandes regalos en un ameno cenador, ahora es comido de gusanos en un oscuro sepulcro. Todo esto es de este contemplativo Pontífice. Tambien san Bernardo, considerando este miserable fin del hombre, dice (2): Todo hombre se convierte en no hombre. Pues ¿por qué te ensoberbeces? Atiende que fuiste una vil semilla, sangre cuajada en el vientre, expuesto despues á las muchas miserias de esta vida y al pecado; despues en la sepultura serás comido de gusanos. ¿Qué te ensoberbeces, polvo y ceniza, cuya concepcion es en culpa, el nacimiento en miseria, la vida pena, la muerte angustia? ¿De dónde se ensoberbece el hombre, pues en su concebir topa culpa, en nacer pena, en vivir trabajo, y en morir necesidad? ¿Por qué engordas y atavias tus carnes con cosas preciosas, pues dentro de pocos dias se las han de comer en la tumba los gusanos, y á tu alma no adornas con buenas obras, la cual ha de ser presentada en el cielo á Dios y á los Ángeles? Todas estas son palabras de san Bernardo, que debe tomar cada uno por dichas para sí.

(1) Lib. 3, cap. 1. — (2) Bern. cap. 3 Medit.

## § II.

Fuera de ser cosa tan poca y de materia tan vil el hombre, aun en esa misma poquedad y vileza no tiene consistencia, porque no es sino un rio de mudanzas, una perpétua corrupcion, y una fantasma del tiempo, como dijo Secundo filósofo, cuya inestabilidad declara Eusebio Cesariense por estas palabras (1): Nuestra naturaleza, que está entre el nacimiento y la muerte, es inestable y como fantástica; y si totalmente la quisieres comprender, así como el agua cogida en las manos, cuanto mas la apretares, tanto mas presto se derramará, de la misma manera las cosas mudables, cuanto mas las considerares la razon, tanto mas se escapan de ella; porque como todas las cosas sensibles están como en un flujo perenne, continuamente se están haciendo y deshaciéndose, y corrompiéndose, no pudiendo quedar las mismas. Entrar en un rio dos veces, dijo Heráclito que era imposible (pues no ha bien llegado el agua, cuando se pasa luego y sucede otra; y así no se puede atravesar dos veces por unas mismas aguas): si consideras la sustancia mortal, no hallarás tú que es la misma cuando la tornes á considerar, sino una maravillosa ligereza de su mudanza: ahora se extiende, y ahora se disminuye. Pero no dije bien diciendo ahora y ahora; porque en un mismo tiempo juntamente pierde por una parte y adquiere por otra, y es otra de la que es, nunca llega á consistir, nunca está parada. El embrion se hace del simiento, luego niño, muchacho, mancebo, viejo, decrepito; y corrompidas las primeras edades por otras de nuevo, viene finalmente á morir. Ridiculos por cierto somos los hombres, temiendo una sola muerte, pues muchas veces hemos muerto, y muchas morirémos. No solamente la corrupcion del fuego es generacion del aire, como dice Heráclito. Pero esto parece que pasa en nosotros mas claramente; porque del mancebo corrompido luego se engendra el varon, y del varon corrompido luego se engendra el viejo, y del muchacho el mancebo, y del niño el muchacho, y del que ayer fue el que es hoy, y del que hoy es el que será mañana, y nunca queda uno mismo. Nadie está el mismo; pero en un momento nos mudamos con varias fantasmas en una materia comun; porque si somos unos mismos, ¿cómo gustamos de diversas cosas que antes? Ya de otra manera amamos y aborrecemos, ya otras cosas alabamos y vituperamos: usamos de otras palabras, movémonos con otros afectos, no tenemos la misma forma, ni hacemos el mismo juicio de las cosas; porque no parece posible que sin mudanza nos movamos con otras cosas que antes: y quien de una y otra manera se mudó no es por cierto el mismo, y si no es el mismo, tampoco es, sino con una continua mudanza se resbala como agua. El sentido se engaña con la ignorancia de lo que es, y piensa que es lo que no es. Pues ¿qué será el verdadero ser? ¿Aquello que es

(1) Lib. 11 de Præp. evangel. c. 7.



eterno, que no tiene nacimiento, que es incorruptible, que con ningún tiempo se muda? Movable es el tiempo, y junto con materia también móvil siempre corre á manera de agua, y como un vaso de corrupcion y generacion no retiene nada: de suerte que lo primero y lo postrero, lo que fue y lo que será, es una nada, y lo que en este tiempo es, y parece que está presente, eso mismo se pasa como un rayo. Por lo cual, como el tiempo se define ser medida de las cosas sensibles, y como el tiempo nunca esté ni sea, con razon dirémos que las mismas cosas sensibles nunca permanecen ó están, y que no tienen ser. Todo esto es de Eusebio. Y mas breve y significativamente lo declaró David, cuando dijo una vez que el hombre era semejante á la vanidad; y otra, que era el hombre mientras vivia en esta vida una vanidad universal. Por lo cual dijo Gregorio Nazianceno (1) que éramos un sueño instable, una sombra y una estantigua que no se puede asir.

Vuelva sobre todo lo dicho, mírese en este espejo el hombre, mire por qué se engríe, por qué presume de sí, por qué se aflige por cosas de la tierra, pues son tales, y le va tan mal con ellas. Mire lo que él es, y lo que las cosas son: mire lo que merece, por quién se mata, y por qué. Mire por qué se mata por esta vida mortal, por qué se inquieta, y por qué se turba por cosas tan pocas. Con razon dijo el Profeta que en vano se turba el hombre; lo cual considerando san Crisóstomo, dice muy maravillado (2): *Túrbase el hombre, y pierde el fin: túrbase, y como si no hubiera nacido, se deshace y consume: túrbase, y antes que se sosiegue se anega: inflámase como fuego, y como estopa se vuelve en ceniza; levántase como tempestad en alto, y como polvo se desaparece y esparce: como llama se despierta, y como humo se deshace: como flor muestra su hermosura, y como heno se seca: extiéndese como nube, y como gota se disminuye: hínchase como una ampolla de agua, y como una chispa se apaga: contúrbase, y no tiene consigo sino el cieno de las riquezas: contúrbase para ganar una hediondez: contúrbase, y sin fruto alguno de su turbacion se pasa: tuyas son las turbaciones, pero de otros el regalo: tuyos los cuidados, pero de otros los entretenimientos: tuyas las aficciones, pero ajenos los frutos: tuyos los rompimientos, pero de otros los deleites: tuyas las maldiciones, de otros es el respeto y reverencia. En él se levantan gemidos, en otros la abundancia de cosas: contra él se derraman lágrimas, y las riquezas están con otros: él estará atormentado en el infierno, y otros muchas veces triunfando y malbaratando su hacienda estarán cantando. Contúrbase en vano todo hombre que vive. Hombre es el que tiene una vida prestada y para brève tiempo: hombre es una deuda de la muerte, que ha de pagar sin tardanza: animal indómito con su voluntad y el apetito de su ánimo; es maldad enseñada sin maestro, es voluntaria asechanza, as-*

(1) In lau. Casar. Somnium sumus instabile: spectrum, quod teneri nequit.

(2) Chrysost. in Ps. XXXVI, et apud Damas. l. 1. I Paral. x.

tuto para la malicia, ingenioso para la iniquidad, inclinado á la avaricia, insaciable para desear lo ajeno, espíritu fanfarron y lleno de una insolente temeridad y arrojamiento de palabras; feroz, pero que fácilmente se quebranta; atrevido, pero que presto es vencido. Arrogante lodo, insolente polvo, hinchada ceniza; centella que al momento se apaga; llama que presto se deshace; luz que en el aire se desvanece; hojarasca que en un momento se corrompe; heno que en un instante se seca; yerba que presto se muere; naturaleza que siempre se consume; que hoy amanece, y mañana acaba su vida; hoy en riquezas, y mañana en ataud; hoy con diadema, y mañana entre gusanos; hoy entre tesoros, y mañana debajo de la tumba; el que hoy es, y mañana deja de ser; el que hoy triunfa y se huelga, y mañana es llorado; el que en la prosperidad tiene un fausto insolente, y en la adversidad no admite consuelo; el que no se conoce á sí mismo, é inquiera con curiosidad lo que es sobre sí; el que ignora lo presente, y de lo futuro hace burla; el que es por su condicion mortal, y por su soberbia se juzga eterno; el que es un meson abierto de perturbaciones, juguete de varias enfermedades, concurso de calamidades cotidianas y receptáculo de toda tristeza. ¡Oh cuán grande es la tragedia de nuestra vileza, cuán grande el triunfo de nuestra flaqueza! ¡Oh cuántas cosas he dicho! Pero no se puede declarar mejor que con la voz del Profeta. En vano se conturba todo hombre que vive; porque verdaderamente las cosas de esta vida que mas resplandecen y sobresalen, son de menos utilidad que un cadáver podrido. Esto es de san Juan Crisóstomo, en que declara bien la miseria del hombre, la brevedad de su vida y la vanidad de las cosas temporales.

### § III.

Y porque no nos quede esto por advertir, no solo en el cuerpo es tan vil el hombre mientras vive, y mucho mas despues de muerto, pero en el alma no suele ser de mas estimacion mientras está en el cuerpo; porque si bien el espíritu es por sí una sustancia nobilísima, envilece de tal manera nuestros vicios, que le hacen mas abominable que al cuerpo, y sin duda cuando el alma está muerta en pecado mortal, mas corrompida y hedionda está delante de los Ángeles que el cuerpo muerto de ocho dias; porque si el cuerpo está lleno de gusanos, ella lo está de demonios y de vicios. Pero aun cuando vive el alma y está sin pecado grave, como comete los veniales y está llena de imperfecciones, aunque no está muerta, está mas flaca, enferma y asquerosa por esta parte que el cuerpo; y si uno se conociera bien, mas se espantara de la miseria de su alma que de la de su carne. El devoto P. Alonso Rodriguez, insigne maestro de espíritu, escribe de una Santa que pidió á Dios luz para conocerse, y vió en sí tanta fealdad y miseria, que no la pudo sufrir, y tornó á suplicar á Dios, diciendo: No tanto, Señor, que desmayaré. El P. M. Juan de Ávila dice que él conoció á una per-



persona que rogó muchas veces á Dios que le descubriese lo que podía ser. Abrióle Dios los ojos tantico, y le hubiera de costar caro. Vióse tan feo y abominable, que á grandes voces decia: Señor, por tu gran misericordia quitame este espejo de delante de mis ojos: no quiero ver mas mi figura. Desques de haber hecho una vida admirable y muy perfecta, la fervorosa esposa de Cristo, D.<sup>a</sup> Sancha Carrillo, suplicó á Nuestro Señor le hiciese merced de darle á ver á su alma, para que conociendo en ella la fealdad de sus culpas, se animase á aborrecerlas. Condescendió el Señor con sus ruegos, y mostrósela en esta forma: Estando una noche sentada en su sala, abierta la puerta, vió pasar delante un ermitaño de canas con su cayado en la mano. Extrañó la persona y el hábito en aquel lugar y tan á deshora; de manera que se sobresaltó algun tanto. Díjole con todo eso: Padre, ¿qué buscáis aquí? Levantad (dijo él) ese manto, y veréislo. Hizolo así; y vió una niña muy flaca, cubierto el rostro de moscas. Tomóla en los brazos, y dijo al ermitaño: Padre, ¿qué es esto? ¿No te acuerdas (replicó él) cuando abincadamente suplicaste á Nuestro Señor que te mostrase tu alma? Pues ve ahí su retrato, y mira bien que de esa manera la tienes. Dicho esto, desapareció aquella representacion, y quedó ella tan confusa y atemorizada, que parecia (segun afirmaba despues) que se le descajaban los huesos de sus lugares con tanto dolor y sentimiento que, á no favorecerla Dios en aquella ocasion, no pudiera sufrirlo. Pasó la noche turbada entre varias olas de pensamientos. Afligida grandemente la memoria de aquella niña, el color turbado y la flaqueza extrema; y mirándola como á imágen de su alma, temia el estado en que se hallaba. Cuando volvia los ojos al rostro, lleno de tan importunos animalejos, doblaba el dolor pareciéndole que olian á cosa muerta ó llaga antigua: daba mil suspiros al cielo, pidiendo al Señor remedio y misericordia. Venido el día tan deseado para ella, dió luego cuenta á su confesor, persona de letras y virtud: pidióle con muchas lágrimas le declarase aquella vision, y le avisase si aquellos animalejos significaban algunos pecados graves ocultos que no conocia en su alma. Tomó el confesor un poco de espacio para encomendar la respuesta á Nuestro Señor. Volvió, y dijola: Señora, no os congojeis, antes dad muchas gracias á Dios por la merced que os ha hecho; y sabed que la flaqueza del retrato que de vuestra alma visteis efecto es de pecados veniales que enflaquecen y no matan, entibian la caridad, no la apagan; que si fueran pecados mortales, la niña estuviera muerta, porque estos quitan totalmente la vida del alma; los veniales el fervor y prontitud en el servicio de Dios, y perfecto cumplimiento de su santa ley. Pues si á personas tan siervas del Señor se les mostró su alma llena de tantas miserias, ¿en qué se puede gloriar el hombre miserable, pues lo es en cuanto es en alma y cuerpo?

## CAPÍTULO IX.

*Cuán engañoso es todo lo temporal.*

De lo dicho hasta aquí se puede concluir cuánta mentira y engaño sea todo cuanto con el tiempo pasa; y que las cosas de la tierra, juntamente con ser tan viles, inconstantes y perecederas, son engañosas y están llenas de peligros. Esto se nos significó en el Apocalipsi en aquella mujer ramera que venia á caballo en una monstruosa bestia, que es la prosperidad mundana que sobresale en este mundo: la cual dice la sagrada Escritura que venia rodeada de oro dorado, para darnos á entender su fealdad, pues no era oro fino y verdadero lo que traia, sino aparente y fingido: porque aunque parecia oro, no lo era, sino azófar; pero porque lo habia dorado, lo vendia por verdadero oro. Así es que la prosperidad humana, que viene rodeada de bienes de la tierra, los vende por verdaderos bienes, pintándolos grandes, seguros y duraderos; pero no son nada menos: por lo cual todo es engaño y ficcion, como lo echó bien de ver Séneca, cuando dijo: *Lo honesto solamente es bien: las demás cosas son falsos y adullerinos bienes.* ¿Cómo no será fingimiento y engaño que siendo ellos vilísimos parezcan grandes y de tanta estimacion que no pretendan otra cosa los hombres; y siendo mas mudables que la luna nos parezcan seguros, y así nos paguemos de ellos como si nunca se hubieran de mudar, y siendo caducos y perecederos se buscan como inmortales y eternos, no acordándonos de cosa menos que de su fin y del nuestro, olvidando totalmente que aquellos se han de acabar, y que nosotros nos hemos de morir? Claro está que son falsos, pues prometen de sí todo lo contrario de lo que tienen y son, y muestran lo que no tienen; porque así como los prospectivos suelen labrar un aposento que estando oscuro, y entrando la luz por un agujero pequeño, se ven figuras hermosísimas; pero si se abren las ventanas de suerte que el aposento quede claro, ya no se ve nada, sino cuando mucho unas líneas ó sombras desnudas; así son las cosas del mundo, que á los que tienen poca luz y conocimiento del cielo les engañan pareciéndoles muy hermosas y grandes; pero á los que amanece la luz del desengaño y de la fe no hallan en ellas cosa de sustancia. Toda felicidad de esta vida es un engaño y ficcion, y no verdadera dicha, sino apariencia de dicha: sus bienes no son verdaderos bienes, sino sombra de bienes, y así los califica la sagrada Escritura (1) con este nombre de sombra, que declara bien su naturaleza; porque la sombra no es cuerpo, sino apariencia de cuerpo, y aunque parece algo, es nada. Su inconstancia tambien y su fugacidad merece este nombre; porque la sombra

(1) I Par. xxix; Psalm. ci.